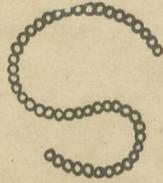


IGNACIO AGRAMONTE. Camagüey, 23 de diciembre, 1842.- Jimaguayú,

11 de mayo de 1873.

Por Manuel Sanguily



U familia y su educación.—El insigne cubano Ignacio Agramonte y Loynaz, nació en la ciudad de Puerto Príncipe, Camagüey, la noche del 23 de diciembre del año 1842, y fueron sus padres el Regidor Licenciado Ignacio Agramonte Sánchez y la Sra. Da. Filomena Loynaz y Caballero. Perteneció, pues, a una familia muy distinguida, acaso de las más distinguidas de la provincia, por sus orígenes, ya que provenía de los primeros pobladores, y por su posición social, que era muy desahogada y próspera.

Estudió las primeras letras en varios colegios de su ciudad natal, siempre como externo, por lo que pudo recibir más constantemente la influencia de su honrada familia y en especial del carácter de su padre, que era hombre de mucha energía y firmeza.

Luego pasó a la Habana y fué, aunque no mucho tiempo, alumno del famoso colegio del Salvador que fundó y dirigió el ilustre filósofo y educador D. José de la Luz y Caballero; pero continuó y terminó sus estudios en las facultades de Filosofía y Derecho de la Universidad de la Habana, obteniendo en todos sus exámenes las notas más altas hasta recibir con la misma brillantez, el grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico el año 1866.

Su aspecto y su carácter.—Por entonces era un hombre de aventajada estatura y aspecto muy distinguido y airoso, de finísimo cutis, nariz aguileña y fuerte, los ojos negros, lánguidos y hermosos, larga la sedosa cabellera; y aunque le sombreaba el labio superior ligero bozo tenía el aire juvenil de un doncel de leyenda, principalmente cuando al sonreír mostraba la dentadura de maravillosa perfección femenina.

Y sin embargo, tras aquel exterior delicado y amable había un romano de los heroicos tiempos de la gran República; porque en su naturaleza privilegiada se hermanaba la dulzura con la más indomable energía.

Como se vé, en su persona, desde el punto de vista físico como desde el punto de vista moral, habianse armonizado todas las cualidades que en la primera ocasión convierten al que las posee en un gran jefe y director de hombres. Esta oportunidad debía presentarse muy pronto, pues que apenas, de vuelta en Puerto Príncipe—había contraído matrimonio con una dama muy distinguida y estimada, Da. Amalia Simoni—llegó a sus oídos, interrumpiendo los encantos de su apacible hogar, el grito de Independencia que lanzara Carlos Manuel de Céspedes en su ingenio La Demajagua, de la jurisdicción de Manzanillo.

Su influencia revolucionaria.—Cuando el grito de Céspedes sorprendió al país desapercibido, los camagüeyanos carecían de recursos de toda especie para secundar a los sublevados de Oriente. Así y todo, el 4 de noviembre se echó fuera de la ciudad la juventud en masa y sin concierto. Siete días después salieron al campo los dos hermanos Agramonte, Ignacio y Enrique, y unidos a un pariente suyo recién graduado en Barcelona de Doctor en Medicina y Cirujía, Eduardo Agramonte Piña, que con muchos más se había puesto bajo las órdenes del popular revolucionario Augusto Arango, concurrieron a la ocupación del pueblo costero de San Miguel, desguarnecido de tropas.

Mientras tanto no se disponía de armas para combatir, y la arte política del Conde de Valmaseda, nombrado por Lersundi Comandante General de Operaciones, había logrado fácilmente dividir la opinión en el campo de los alzados, apareciendo como instrumento de discordia un hermano del propio jefe de aquellas, D. Napoleón Arango, quien aprovechó el estado de inquietud y de vacilación de los ánimos para promover una asamblea que tuvo efecto en un lugar llamado Clavellinas. Allí estuvieron de acuerdo casi todos los concurrentes, que eran parciales suyos, con los propósitos que abrigaba, por lo que le invistieron de una Comisión al Departamento Oriental con el aparente objeto de cerciorarse de la verdadera situación pública.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Napoleón Arango regresó al Camagüey y sobreponiéndose a la jefatura de su hermano, circuló las órdenes oportunas a impedir que las distintas partidas insurrectas se corriesen sobre Vertientes para hostilizar a Valmaseda, que allí desembarcaba con su columna y pudo dirigirse sin obstáculos a la cabecera, mientras los camagüeyanos alzados, por los engaños de Napoleón Arango que contaba con el éxito de sus planes contra-revolucionarios, se congregaban en el paradero de Las Minas para oír sus informes y tomar una resolución final.

Pero no concurrieron a esta nueva junta tan sólo los mismos que participaron en la primera; porque vinieron también, con muchos revolucionarios resueltos, Ignacio y Enrique Agramonte, acompañados de su primo Eduardo y del Marqués de Santa Lucía que era el Jefe Civil reconocido del movimiento revolucionario.

Apesar de la energía y resolución que animaban a estos elementos contrarias a los propósitos de sumisión que alimentaba Napoleón Arango, probablemente hubieran tenido la peor parte en los debates de aquella Junta, si no fuera por la palabra elocuente de Ignacio Agramonte que en arranques viriles y vibrantes decidió, arrastrando a la inmensa mayoría, la lucha armada contra el poder de España.

Arango, seguido de un grupo pequeño de concurrentes, marchó de nuevo a la ciudad. Los otros para organizar la sublevación, constituyeron un Comité de Gobierno, nombrando para componerlo al Marqués de San Lucía conjuntamente con Ignacio y Eduardo Agramonte.

Oposición de Agramonte y Céspedes.—Contra Céspedes, que había sido nombrado por sus secuaces Jefe Supremo y absoluto de Oriente, y se encasquillaba en su prioridad para mantener sus prerrogativas dictatoriales, el Comité del Centro, empeñándose, aunque vanamente, en reducir sus pretensiones, simbolizaba de este modo la democracia en su aspiración de constituir desde luego la República. Cuando todavía la Región Oriental estaba regida por la voluntad de un sólo hombre, celebraba el Camagüey elecciones generales que transformaron su gobierno triunviral en nueva junta directiva, bajo el nombre de Asamblea de Representantes del Centro, y que por el sufragio del pueblo, compusieron el Marqués de San Lucía, Ignacio y Eduardo Agramonte, Francisco Sánchez Betancourt y Antonio Zambrana, quienes, así que decretaron la abolición de la esclavitud, continuaron con ardor la obra, hasta entonces estéril, de convencer a Céspedes de que debía convenir con los demás revolucionarios en la organización de todo el territorio insurreccionado bajo la forma republicana. Agramonte fué comisionado por sus compañeros para avistarse con Céspedes, y desde aquel momento asumieron ambos protagonistas dos representaciones y actitudes opuestas y rivales hasta convertirse en verdadera enemistad y antagonismo de carácter personal.

En la Cámara y en el Ejército.—Sobrevinieron circunstancias favorables a las ideas de Agramonte y sus compañeros, asegurándoles a la postre el triunfo. Céspedes se dió a partido, y en Guáimaro, se juntaron representaciones de las provincias sublevadas, que redactaron y adoptaron una Constitución política estableciendo conforme a sus preceptos la República de Cuba. Justo es decir que los que más influyeron en la elaboración de esta obra necesaria, fueron Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, que habían sido nombrados Secretarios de la Constituyente y a poco de la primera Cámara legislativa.

Ignacio Agramonte dejó unos días después su puesto de Secretario de aquella Corporación, porque para aprovechar sus condiciones de firmeza y energía y el merecido prestigio de que ya gozaba como hombre de acción y de gobierno, fué nombrado, con el grado de Mayor General, Jefe de la División del Camagüey. Durante aquel año y parte del siguiente, prestó servicios muy brillantes, como organizador y como guerrero, pero, a mediados de 1870, hubo de ocurrir un rompimiento lamentable entre el altivo divisionario y el Presidente de la República, por lo que el primero presentó la renuncia de su cargo, comenzando desde ahí, por esta y otras causas más de diversa índole, un período de rápida decadencia en el Camagüey, donde el enemigo creció en bríos, a la vez que las fuerzas cubanas, que carecían de dirección y de elementos de combate, muy pronto perdían con el entusiasmo la fe y la disciplina, y las guerrillas de españoles ojeaban a su talante los bosques más tupidos sembrando la muerte y el crimen por do quiera.



El rescate de Julio Sanguily.—En situación tan desesperada fué nombrado Ignacio Agramonte Jefe de la casi disuelta división del Camagüey. El haber aceptado semejante pavoroso compromiso, evidencia su patriotismo y su abnegación magnánima. Hizo un llamamiento al honor y al heroísmo de sus paisanos, convocó a cuantos podían ayudarle y dió comienzo a la obra de regeneración moral y de reorganización militar de su comarca. En lo sucesivo será un prodigio de actividad incansable. Será sobre todo, un dechado de virtud de constancia y de heroísmo.

Su primera empresa marcial de aquel año terrible, fué un desastre; el ataque infortunado a la torre óptica de Colón en Pinto; pero al final del mismo año, ilustró con su nombre el valor cubano, así como la historia del patriotismo americano, realizando una hazaña digna de la inmortalidad de la fama: el rescate del General Julio Sanguily.

Su muerte.—Hombre de tal empuje y soberana resolución, como Agramonte, debía caer muy fácilmente en cualquier momento de la lucha. Y así fué... Al cabo de dos años más de recios y continuos combates en que siempre exponía su vida con la alegre despreocupación de novelesco mosquetero, fué desplomado de un balazo en el fragor de una batalla, el aciago día once de mayo del año 1873, en los campos de Jimaguayú.

